

# Oxitocina

MARÍA ARMENGOD



Libros y Literatura

Primera edición.

Oxitocina.

© 2023, Maria Armengod.

© Libros y literatura SL

[www.librosyliteratura.com](http://www.librosyliteratura.com)

[contacto@librosyliteratura.com](mailto:contacto@librosyliteratura.com)

© Corrección: Victoria Mera.

© Diseño de portada e interiores: Marta F. Alarcón.

Impreso en España.

ISBN: 978-84-126956-6-3

Depósito Legal: A 276-2023

*Estas líneas suelen destinarse a advertir a los desaprensivos que ni el contenido ni la cubierta de este libro pueden reproducirse sin permiso del editor, pero de poco sirven porque casi nadie las lee, y si algún despistado lo hiciera, podría incluso darle ideas. Así que si estás leyendo esto es que perteneces a ese grupo de lectores voraces que leen hasta las instrucciones de los abanicos. Por eso nos gustaría recompensar tu interés revelándote aquí el secreto de la existencia o alguna otra de las variopintas incertidumbres que afligen al ser humano. Por desgracia, ya no nos queda espacio.*

*A mi propia Lola, por ser un ejemplo infinito de fortaleza, valentía, tesón y amor. Sin ti estas páginas nunca hubiesen existido.*





## Prólogo

LUKÁS

*Hace tres meses, en Viena.*

Con los brazos cruzados detrás de la espalda, aguardaba expectante el veredicto más importante de mi carrera universitaria. Me encontraba ante el que era mi último año en la disciplina de Lengua y Literatura, y esa última calificación, en concreto, era mi pasaporte más valioso. Aquel que no podía dejar escapar. No me lo podía permitir. Lo que ocurriera esa tarde era mi vuelo directo para salir de aquí.

—Enhorabuena, señor Gruber. Su trabajo es realmente fascinante —anunciaba con expresión seria y sosegada uno de los tres jueces del tribunal ante el cual, hacía escasos minutos, había defendido con envidiable soltura mi trabajo de fin de grado universitario. Se trataba de una revisión bibliográfica completa de la obra de Federico García Lorca, haciendo hincapié en sus obras maestras teatrales—. Su forma de redactar, el contenido, la presentación... Todo es impecable, al igual que su expediente académico. Hablo en nombre de todos mis compañeros de profesión cuando digo que usted es uno de los mejores alumnos que hemos evaluado en esta disciplina desde hace varias promociones. Mi más sincera enhorabuena, Lukás.

Aquel hombre trajeado y moldeado por el paso del tiempo tendió su mano con intención de estrechar la mía con fuerza. Ya está, este era el fin de una etapa.

—Muchas gracias, me he esforzado mucho y quería hacerlo bien. —El catedrático estrechó una última vez su mano con la mía.

Nunca está de más reconocerse un trabajo bien hecho. Admito que yo lo hacía a menudo, dejando intuir en ocasiones que la modestia no era uno de mis fuertes.

—La literatura española es una de mis debilidades y, tras estos años de estudio, me interesa mucho seguir explorándola.

—España, ¿eh? ¿Es allí donde le gustaría continuar sus estudios?

Asiento con seguridad. Nunca había tenido algo tan claro. Sin duda, esta era mi oportunidad, mi billete de oro para dedicarme a aquello que realmente me hacía feliz.

—Me encantaría.

Aunque, siendo honesto conmigo mismo, no son sólo los estudios los culpables de mi interés, a pesar de tener un gran peso en mi próxima decisión. El curso pasado tuve el privilegio de disfrutar de una de las becas que la Universidad de Viena acredita para todos aquellos expedientes sobresalientes y pude conocer a fondo el país y la cultura española, su gente, sus costumbres y también sus rincones llenos de arte y literatura. Daba igual donde mirase o qué nuevo rincón encontrara. Todo manaba diversidad. Podría decirse que terminé completamente enganchado. Todo me sabía a poco.

Tal vez fue amor o, quizás, algo más fuerte, si es que eso existe.

—Bien, comencemos.

La voz de uno de los miembros del jurado consiguió sacarme de mis pensamientos, devolviéndome a la realidad de la enorme

sala de conferencias donde los tres decanos procedían a la entrega de los diplomas de honor a aquellos alumnos destacados que merecían las tres becas otorgadas por la Universidad.

Fue entonces cuando los nervios empezaron a hacer de las suyas, sentía mi estómago encogerse por momentos, mientras un sudor frío recorría velozmente mi espalda y mi nuca. Mis brazos permanecían totalmente rígidos y mis puños se aferraron al pantalón del traje, dejando una marca arrugada en la tela cuando escuché decir mi nombre en la lejanía:

—Lukás Gruber.

Y en ese mismo instante, con el eco de mi nombre retumbando en mis oídos y el certificado oficial entre mis manos, el corazón se me encogió en el pecho, dando el disparo de salida a mi nueva vida. Una esperada nueva vida que llevaba tanto tiempo planeando.

Volver a España y afianzar mis estudios. Tener la posibilidad de trabajar en aquello que más deseaba. Volver a sentirme vivo. Y, con suerte, volver a entrar en esa pequeña cafetería e inspirar el fuerte aroma a café y vainilla que desprendían sus paredes. Encontrarme de nuevo con ella y con sus intensos ojos marrones.

Su imagen se abrió paso entre mis pensamientos como un torbellino, alojándose en mi mente como si siempre hubiese sido su hogar y conociese a la perfección cada recoveco. Justo como sucedió aquel verano.

Ella volvió porque en el fondo nunca se había ido. No puede desaparecer aquello que deseas retener a tu lado. Aquella chica y su cafetería volvieron y yo no puse ningún tipo de resistencia, no podía. Nunca pude. No con ella.

Nada podía salir mal.





# Capítulo 1

## LOLA

A las personas nos construyen las vivencias, las mismas que nos acaban destruyendo. Somos la mezcla imperfecta de las risas que nos hacen llorar y las lágrimas que todavía abren heridas, esa clase de desamores que luego terminan en el olvido, hechos cenizas y consumidos por amores nuevos. O viejos. Somos amor propio, a veces en poca cantidad. Demasiada poca cantidad. Somos el resultado de juntar los más altos sueños con las caídas desde las nubes, los pies en la tierra y el corazón en llamas, las amistades amargas y los besos dulces, las familias unidas y aquellas a las que ya ni siquiera la magia de la Navidad consigue juntar. La sociedad, la cultura y la religión elegidas o impuestas, posiblemente igual que tus estudios. O no. Somos también esas conversaciones incómodas, los silencios placenteros, las noches descontroladas y sus mañanas de resacas terribles que parecen no tener fin. Como las luchas eternas de amor entre sábanas enredadas y sudor. El abrazo de un hermano y el calor de una madre. El sabor ácido de las despedidas. Los encuentros amargos y los que te dejan con la miel en los labios.

Todas estas, y miles de cosas más, son las que hacen que los seres humanos seamos como somos y estemos hechos cada uno de su pasta, de su padre y de su madre como quien dice. Te convierten en la persona que eres, te moldean como una figura de arcilla esperando que todos sepamos para qué nacimos, a dónde vamos y por qué. ¿Por qué no tienes más amigos? ¿Por qué te comportas como un chico si eres una niña? ¿Por qué no estudias lo mismo que tus padres? ¿Por qué te casaste tan joven? ¿Por qué nunca lo has hecho? ¿Por qué quieres dejarlo todo?

No es mi caso. Yo no lo sé. No tengo ni la más remota idea.

Mi nombre es Lola. Lola a secas. Sólo conservo el apellido de mi madre, todos los demás me sobran. No necesito ninguno más, no los conozco ni creo que los quiera conocer. Por mucha curiosidad que despierten en mí cada noche las raíces que nunca conocí, me deshago de ella cada mañana al despertar. No es algo relevante para mí ahora.

No conocí a mis abuelos. Murieron cuando mi madre era muy pequeña en uno de los multitudinarios atentados terroristas que sufrió el país hace unos cuantos años. Eso era lo que mi madre me contaba siempre cuando era una niña. Ahora tengo veinte años y la palabra «morir» no creo que sea la más indicada para describir lo que les ocurrió. Es cierto que todos vamos a hacerlo, es ley de vida, pero a mis abuelos les arrebataron la vida. Ellos no habían decidido morir.

Tengo un hermano mellizo: Bruno. Él tampoco conoce a nuestro padre y, prácticamente, tampoco me conoce a mí. Ninguno sabemos nada el uno del otro. Seguramente, si lo viese por la calle, no lo reconocería. Tan sólo guardo una foto vieja donde ambos estamos sentados sobre el regazo de nuestra madre el día de nuestro primer cumpleaños.

Ella fue prostituta. Mi madre. Y, al igual que mis abuelos no decidieron morir, el sueño de mi madre no fue nunca dedicarse a esa profesión. Fue su última baza antes de que la propia vida le ganase la partida. Su sueño siempre había sido abrir su propia cafetería, una llena de libros y rebosante de poder feminista. Un lugar donde ninguna conversación fuese censurada siempre que se acompañase con una buena taza de café, un lugar donde la gente se sintiese como en casa, donde las mujeres fuésemos las protagonistas de charlas y coloquios. Mi madre quería hacer de su cafetería un refugio. Y sí, fue prostituta, pero antes de dedicarse a ello trabajó en infinidad de oficios, unos mejor pagados que otros y todos ellos, sin duda, mucho mejor vistos que este. No disponía de estudios superiores y, tras la muerte de sus padres, tuvo que sobrevivir hasta que, con todo el esfuerzo que ella y su alma pusieron, sacó adelante su soñada y anhelada cafetería al mismo tiempo que criaba sola a dos hijos. Ahí fue cuando mi madre dejó de sobrevivir para empezar a vivir.

Durante mi primer año en el mundo, me crie junto a mi hermano y mi madre. Yo era muy pequeña así que sólo recuerdo aquello que mi madre me contaba, como, por ejemplo, lo mucho que me gustaba jugar con mi hermano o lo mucho que él amaba divertirse en el campo. Pero todo se torció con la enorme crisis que arrasó al país. Despidieron a mi madre de su trabajo como limpiadora y ella se vio desbordada. Estaba sola con sus dos hijos pequeños. Me contaba que tuvo días en los que rozaba el límite de, incluso, plantearse volver a la prostitución y conseguir dinero fácil y suficiente como para mantenernos a los tres. Ante esa idea, mi tía, la única hermana de mi madre, y su marido, decidieron hacerse responsables de cuidar a mi hermano todo el tiempo que fuese necesario. Ella no tuvo otra opción que aceptar. Puedo asegurar que así fue. Nadie conoce a mi madre mejor que yo.

Bruno se marchó a vivir con nuestros tíos lejos de la ciudad, ni siquiera recuerdo dónde. Ni el timbre de su voz. Ni a él. Todo lo que sucedió años después tampoco fue decisión de mi madre, pero la vida le estaba echando un nuevo pulso, uno incluso más difícil de ganar. La situación económica y social del país volvió a la normalidad dentro de sus límites y mi madre retomó de nuevo la cafetería. Desde donde alcanza mi memoria hasta hoy, sólo guardo recuerdos de mi madre sacando adelante el negocio. Parte del dinero que ganaba se lo enviaba a mis tíos, para que a Bruno no le faltase de nada por parte de su madre. Ella siempre nos tenía presentes a ambos, a pesar de las adversidades.

Yo tenía una vida normal dentro de lo que se considera habitual para una niña de mi edad. Iba al colegio, tenía mi grupo de amigas, y en mis ratos libres, me encantaba dibujar y ver las diferentes fotos que mi madre tenía colgadas en las paredes de la cafetería. Una vida normal, cotidiana a mis ojos, pero nunca a los de los demás. Para mí, mi madre era una madre común, sólo me llamaba la atención su pelo, siempre de un color rojizo encendido e intenso. Eso era lo único que nos diferenciaba. Mi yo de siete años no comprendía esas miradas llenas de desprecio y prejuicios que recaían sobre mi madre, todas de desconocidos, por supuesto. Nadie que llegase a conocerla a fondo era capaz de infravalorarla por su pasado. Nadie.

Ella era y es mi mayor referente en todo, digan lo que digan de ella quienes no la conocen lo suficiente. Ella siempre ha sido mi espejo. Podré dudar de quién soy, pero sé que mi madre fue hija, luchadora, valiente, mujer, humana y la mejor madre del mundo. Detrás de todo eso, mi madre es seropositiva. Por puta. O eso dicen las lenguas envenenadas. Incluso desde antes de que ella misma supiese que padecía la enfermedad. Juzgar sin saber ni conocer, pasen los años que pasen, seguirá a la orden del día.

Mi referente colgó el delantal, manchado todas las mañanas por restos de masa de galletas y salpicaduras de café, para sustituirlo por una alta carga viral de VIH. Un nuevo peso a sus espaldas que llegó a ella de manera silente. Desde hace ya más de tres años, me ato con una doble lazada ese mismo delantal al cuello y atiendo el sueño de mi madre. Cuando llego a casa, cuelgo el delantal para cuidar de ella orgullosa. Todos los días. Todas las semanas de los doce meses del año.

Por ello, hoy no iba a ser un día diferente. Nunca lo son, ya me he concienciado y no me importa. Me despierto diez minutos antes de que suene la alarma insoportable de mi despertador. Sin mirar, pues ya lo hago de forma automática, alargo el brazo hasta palpar la mesilla de noche y alcanzo con mi mano un teléfono móvil antiguo de mi madre con unos auriculares conectados desde la noche anterior. Los introduzco en mis oídos y pulso el *play* de la última canción que había quedado reflejada en la pantalla. La letra y la melodía de *Riptide*, de Vance Joy, inundan todos mis pensamientos impidiendo que en mi mente haya sitio para nada más. Dejo que suene en bucle el tiempo suficiente como para permitirme cerrar los ojos y evadirme. Siento cómo mi cuerpo se relaja mientras mis dedos juegan con el colchón al ritmo de la música.

El estruendoso ruido del despertador amenaza de nuevo con romper la paz como cada mañana. Suspiro resignada, apago la música y dejo el móvil enchufado mientras se carga la batería. Comienza un nuevo día, otro más. Me dirijo al baño a lavarme los dientes cuando, desconcertada, escucho el ruido de la cafetera. Otra vez.

Camino arrastrando mis pies perezosos por el pasillo hasta toparme con la intensa luz amarillenta de la cocina. Mi madre, con cara de sorpresa, me contempla con una taza vacía con un logo de propaganda entre sus manos.

—Mamá, ¿qué te dijeron los médicos? —Me aproximé hasta ella y deposité un suave beso en su frente—. Cuanto más tiempo estés descansando mejor. ¿Recuerdas?

Con un gesto amable, recoloqué la gruesa tela de la bata de mi madre sobre sus hombros y la reconduzco hasta su dormitorio.

—Hija, me siento inútil en esa cama, ya lo sabes. No soy una anciana.

Claro que lo sé. A sus cuarenta años, veo cómo la vitalidad de mi madre se marchita cada día un poco más. Hasta que se debilita del todo. Soy consciente de ello. Y no, no tengo miedo. Creo.

—Venga, voy a prepararte el desayuno como a ti te gusta.

Acompañé a mi madre de nuevo a su cama y la arropé, igual que ella hacía conmigo antes de que nuestros roles se invirtiesen. Dejé el café preparándose, unto una rebanada de pan con aceite, añadido una loncha de pavo encima y exprimo un par de naranjas para hacer zumo. Coloco el desayuno en una bandeja pequeña y lo llevo todo a la cama de mi madre. Cuando llego, ella ya se encuentra plácidamente dormida, incluso diría que hasta sonrío. Para no despertarla, dejo el desayuno recién hecho sobre su mesilla de noche y, durante unos segundos, permanezco inmóvil observándola, grabando en mi memoria todos los detalles de esa imagen. Sus arrugas del paso de los años, llenas de vida, su llamativo cabello, su nariz ligeramente respingona, sus finos labios y la constelación de pecas que decoran nuestras narices y mejillas.

No es justo. A ella no.

Resignada y con pasos cautelosos, me dirijo al baño para terminar de asearme. Dejo que corra el agua fría del grifo durante unos instantes y me lavo la cara un par de veces. Por primera vez en la mañana, observo mi rostro en el espejo del baño. Definitivamente, me faltan horas de sueño. Trato de peinarme con los dedos mi cabello oscuro y corto. No el típico corte de melena

por encima de los hombros, no, corto. El señor Collins, un cliente habitual en la cafetería, siempre me dice que, como lo corte más, el siguiente paso será alistarme en el ejército. Pero para mí esta es la largura perfecta. Con un poco de agua, coloco dos mechones por detrás de mis orejas, dejando a la vista los pendientes que las adornan. Finalmente, aplico un poco de máscara de pestañas para que, al menos, pueda resaltarlas un poco, y abandono el cuarto de baño. Cojo las llaves, un poco de dinero y salgo del piso. Sólo tengo que bajar a la calle y cruzar la misma para llegar hasta Muse's, la cafetería de América, mi madre.





## Capítulo 2

### LUKÁS

*Hace tres meses, en Viena.*

Ni siquiera recuerdo cómo ocurrió. En cuestión de un parpadeo, toda la euforia que me alimentaba al salir de aquel edificio, con el diploma bajo mi posesión, desapareció. Igual que desaparece la adrenalina del sábado por la noche con esa última copa que te fulmina por dentro. Fue como el primer beso: fugaz. Un suspiro. De todo a nada en escasos segundos.

De repente, ruido. Un golpe. Mi cuerpo tendido sobre el suelo.

Los gritos de la gente que caminaba tranquilamente por la ciudad en una tarde mundana de jueves.

El estruendo de la sirena de la ambulancia a lo lejos.

El sonido de su risa a todo volumen en mi cabeza. Ese maldito sonido. Siempre ella.

Después, todo se tiñó de negro.